

bolsillo del delantal su papelito, lo repasó y volvió á ponerlo en el bolsillo; bajó la cabeza, hundiéndola entre los hombros como quien espera oír una buena filípica, y entró.

No permaneció mucho tiempo con el confesor, y cuando salió toda su personilla estaba agitada con fuertes sollozos.

Después de la bella Catalina, que se sonreía al salir, me tocó á mí. A mi vez salí feliz y, á mi entender, purificado, regenerado, hecho otro hombre, en suma. Me desagradaba, con todo, ver que nada había cambiado en la casa; las mismas habitaciones y los mismos muebles hasta, me enojaba el encontrarme con las mismas caras. Hubiera querido que todo el mundo exterior sufriese aquella misma metamorfosis á que según mi entender había estado sometida mi alma; á pesar de todo conservaba mi bienestar moral en el momento de irme á la cama.

Aún me hallaba entre el sueño y la vela, cuando desfilaron por mi mente todos los pecados de que me había purificado. De pronto me acordé de una gran culpa de la cual no había dicho ni una sílaba. Resonaron en mis oídos las palabras de la plegaria que precedió á la confesión y, ¡adiós tranquilidad! Le oía aún:—«Pero si omitiéseis algo, pesará sobre vosotros una gran culpa» y veía en mí un pecador tan terrible, que no encontraba castigo adecuado á mi crimen.

Por mucho tiempo me revolví en la cama reflexionando sobre mi situación y esperando recibir el castigo del cielo; no me habría maravillado morir instantáneamente, y esta idea me ocasionaba un terror indescriptible. Por fortuna se me ocurrió que apenas fuese de día, podría ir al convento á confesarme de nuevo, y este pensamiento me calmó.

CAPITULO LII

En el convento.

El temor de llegar tarde me hizo desvelarme varias veces durante la noche. A las seis ya estaba de pie. Apenas rayaba la aurora y Kolia no había venido aún á recoger sus vestidos y sus zapatos que al desnudarme había arrojado en desorden junto á la cama. Me puse la ropa sin cepillar y los zapatos sucios y sin peíname, sin lavarme siquiera, salí de casa solo por la primera vez en mi vida.

Sobre el verde techo de la gran casa frontera, la aurora de una fría mañana aclaraba el cielo nebuloso; una fuerte helada había endurecido el lodo que crujía bajo los pies; los arroyos estaban helados y el frío me punzaba el rostro y las manos.

Había pensado tomar un coche de alquiler para ir y volver lo más pronto posible, pero no ví en el camino más que unas carretas y dos albañiles que iban charlando; pero ni una sombra de coche. Al poco rato encontré gente con canastos que se dirigía al mercado ó cargada de cántaros para ir á buscar agua.

En una enrucijada ví á un pastelero, después á un tahonero que abría su horno; al fin divisé una carretela parada, forrada de tela azul, descolorida y remendada. El cochero, un viejecillo de mala traza, dormía y no estando aún muy despierto, me pidió solamente cuarenta kopeks por la ida y vuelta al convento. Estaba á punto de subir cuando se le aclararon las ideas, dió con la fusta al caballo y partió murmurando: ¡No puedo, *barine!* (señor) necesito dar de comer al caballo.

Tuve que rogarle varias veces, para hacerle detenerse, ofreciéndole cuarenta kopeks más, y él después de vacilar mucho, me midió con los ojos de pies á cabeza y dijo: Sube, *barine!* Confieso que temía al principio que me llevase á un lugar desierto para desbalijarme.

Al montar me había agarrado al cuello de su gabán raído para sentarme en el pescante desvencijado y sucio.

Mi ademán descubrió su pobre cuello arrugado, que tenía un aspecto más triste aún sobre sus hombros débiles. Partimos con gran ruido de hierro viejo, y en el camino noté que el respaldo del pescante estaba remendado con un pedazo de tela verduzca, á rayas, igual que el capote del cochero. Esta circunstancia, no sé por qué, me tranquilizó y ya no tuve miedo de que me condujera á un sitio desierto para robarme.

Cuando llegué al convento, el sol estaba bastante alto y doraba la cúpula de la iglesia. A la sombra se conservaba aún el hielo, pero por toda la vía calentada por el sol, corrían arroyuelos de agua turbia y el caballo, al chapotear en el fango deshelado, lo enlodaba todo á su alrededor.

Cuando entré en el patio del convento pregunté á la primera persona que ví dónde podría encontrar á nuestro confesor.

—Esa es su celda,—dijo un joven fraile que pasaba, deteniéndose un momento é indicándome un pabelloncito con su puerta correspondiente.

—Muchas gracias.

¿Qué pensarán de mí los frailes que salen en este momento de la iglesia y me miran? «No era ya un niño, pero aún no me sentía hombre; no estaba lavado, ni peinado, y mis vestidos estaban sucios y mis zapatos sin limpiar y llenos de lodo. ¿En qué clase social me clasificarían aquellos frailes, que me miraban con tanta atención? Me dirigi á la parte que me indicara el joven fraile.

Un viejo vestido de negro, con espesas cejas blancas, me

encontró en el pasillo que conducía á la celda y me preguntó á quien buscaba.

Por un instante tuve la idea de responder: «A nadie» y de escapar, subir á mi coche y volver á casa, pero á pesar de las espesas cejas, el rostro del viejo inspiraba mucha confianza. Respondíle, pues, que necesitaba ver á mi confesor y lo nombré.

—Venga usted, señorito; yo le conduciré,—dijo volviéndose por el mismo sendero.—El padre es muy madrugador y vendrá en seguida.

Abrió la puerta, y me hizo entrar en una antesala muy limpia, cruzada por estrecha alfombra de cáñamo y me introdujo en una celda.

—¡Ya estamos!—me dijo con expresión benévola,—espere usted un momento aquí.

Y se fué.

La habitación en que me encontraba era pequeña y limpiísima. Todo el mueblaje se reducía á una mesita cubierta de hule y colocada entre dos ventanas, en las cuales había dos macetas de geranio, y un pequeño armario con las imágenes sagradas, sobre el cual estaba suspendida una lamparilla, un sillón y dos sillas. En un rincón había un reloj colgado de la pared y cuya esfera estaba adornada con flores pintadas; debajo pendían los pesos por medio de cadenillas de latón. Dos sotanas colgaban de un tabique que no llegaba hasta el techo, pues la parte superior la formaba un alambrado; todo estaba muy blanqueado con una mano de cal. La cama debía estar detrás del tabique. Las ventanas daban á una pared blanca distante de ellas sólo unos cuantos pasos, y entre las ventanas y la pared había un pequeño jardín plantado de lilas. No llegaba á la celda ni el más pequeño rumor de fuera, tanto, que en medio de aquel silencio sepulcral el tic-tac monótono del reloj parecía un estruendo insoportable.

Apenas me quedé solo en aquel lugar tan simpático, cuando las ideas y los remordimientos que me habían im-

pulsado á venir, se desvanecieron del todo, como sino hubiesen existido nunca y me sumergí en dulces ensueños. Aquel hábito de tela amarillenta con el forro raído, aquellos libros usados encuadernados en piel negra y con cierrres de latón, aquellas plantas de un verde oscuro, de hojas lucientes, en la tierra cuidadosamente allanada y limpia, aquel sonido intermitente y monótono del reloj; todo me hablaba de una vida solitaria, de meditación y de tranquila felicidad...

—Los meses pasan,—decía entre mí,—pasan los años y está siempre solo y contento; siente siempre que su conciencia es pura ante Dios y que sus oraciones son escuchadas.

Hacía ya media hora que esperaba sentado en una silla, procurando no moverme y no hacer ruido al respirar, para no turbar la armonía de los leves ruidos que tantas cosas me decían, en tanto que el reloj continuaba su tic-tac un poco más fuerte á la derecha, más débil á la izquierda.

CAPITULO LIII

La segunda confesión

Los pasos del confesor me sacaron de mi arrobamiento

—Buenos días—dijo, alisándose sus cabellos grises.—
¿Qué desea V. de mí?

Le pedí su bendición y sentí un placer especial al besar su manecita amarillenta.

Cuando le hube expuesto el motivo de mi visita, se acercó sin hablar á las sagradas imágenes y empezó la confesión.

Concluída ésta, y después que venciendo mi vergüenza hube dicho todo lo que tenía sobre la conciencia, me puso las manos sobre la cabeza y dijo en voz baja pero sonora: —Descienda sobre tí la bendición de nuestro Padre celestial, hijo mío. ¡Ojalá no pierdas nunca la fe, la dulzura y la humildad! ¡Así sea!

Yo era feliz; lágrimas de alegría surcaron mis mejillas; besé el orillo de su sotana y levanté la cabeza; el rostro del fraile estaba muy sereno.

Me hacía tanto bien el sentirme humilde, que portemorá que esta sensación me abandonase me despedí en el acto. Salí del patio del convento sin mirar á izquierda ni á derecha para evitar toda distracción y volví á subir al desvencijado pescante. Las sacudidas de mi soberbia carroza y la variedad de las cosas que desfilaban ante mí, cambiaron pronto el curso de mis ideas y comencé á imaginar á mi confesor que estaría diciendo entre sí que no había encontrado en toda su vida un alma de joven tan hermosa como la mía. Por mi parte, estaba convencido de ello y esta certeza me daba una alegría tal, que sentí la necesidad de comunicársela á alguien.

Ardía en deseos de charlar con una persona cualquiera, y no teniendo á mi disposición más que el cochero, á él me dirigí.

—Y bien ¿me he entretenido mucho?—le pregunté.

—Así así; pero mi caballo habría debido comer hace una hora, porque yo hago el servicio de noche—respondió el viejo que parecía más comunicativo que antes (Era la influencia benéfica del sol).

—Pues á mí me ha parecido que sólo he estado dentro un minuto.—¿Sabes lo que he ido á hacer al convento, dije acercándome á él.

—A mí ¿qué me importa? Llevo la gente á donde desean ir.

—A ver si adivinas. ¿Qué crees tú?—continué.

—A un entierro, quizá. ¿Para comprar un panteón?

—No, hermano. ¿Sabes por qué he venido?

—No puedo adivinarlo, señor.

En su voz conocí que era un buen hombre, tanto, que decidí explicarle el motivo de mi ida al convento y hasta mis sentimientos.

—¿Quieres que te cuente?... Figúrate que...

Y se lo conté todo describiéndole minuciosamente los bellos sentimientos que alentaban en mi alma. Aún me avergüenzo de esto cuando lo recuerdo.

—¡Ah! ¿ha sido para eso?—dijo el cochero con aire incrédulo.

Largo rato se mantuvo callado é inmóvil en el pescante. Su único movimiento era el recoger de vez en cuando la punta de su capote para taparse las piernas procurando tenerlo firme con el pie, pero la prenda se le escapaba á cada momento á causa de los movimientos desordenados del vehículo. Imaginé que iba á decir, como mi confesor, que en todo el universo no se encontraba un joven como yo; y de pronto se volvió hacia mí y me dijo:

—Así, pues, señorito; estos son trabajos de rico.

—¿Cómo?

—Quehaceres de rico,—repitió en tono burlón, abriendo mucho su boca sin dientes.

—¡No me ha comprendido!—pensé.

Y no le volví á dirigir la palabra hasta llegar á casa.

No era el mío un sentimiento humilde ni religioso, sino más bien la satisfacción de mí mismo á la idea de haber tenido aquel sentimiento; satisfacción que duró hasta la puerta de nuestra casa sin que me distrajesen la vista de todos aquellos ciudadanos multicolores que hormigueaban al sol á lo largo del camino. Pero al llegar á casa mi alegría se desvaneció. No tenía los 80 kopeks prometidos al cochero y Gavriilo, el mayordomo de casa, á quien debía dinero, rehusaba prestármelo. El cochero, al verme atravesar corriendo el patio por dos veces, adivinó lo que buscaba, bajó del pescante y el que me parecía un buen hom-

bre se puso á maldecir en alta voz con la intención evidente de ofenderme; hablaba de los pícaros que alquilan carruajes sin tener con qué pagarlos.

Todos dormían aún en casa y no podía por lo tanto pedir los 80 kopeks más que á los criados; al fin pagó Vassili mediante mi palabra de honor de devolvérselos pronto; pero yo leí en su rostro que no me creía y que lo hacía sólo porque me quería y recordaba el favor que le había hecho.

Lo que me había quedado de los sentimientos que abrigaba al salir de casa se desvaneció como el humo y cuando me vestí para ir á la iglesia con los demás y encontraron que mi traje estaba tan lleno de polvo pequé de un modo espantoso. Me acerqué á la comunión en disposición de ánimo extraña; mis ideas se atropellaban, por decirlo así, en la mente y no creía ya en mis inclinaciones virtuosas.

CAPITULO LIV

Preparación para los exámenes

El jueves después de Pascua, papá se marchó al campo con mi hermana, con Mimi y Catalina y en la vasta casa de mi abuela no quedamos más que Volodia Saint-Jérôme y yo. La disposición de espíritu en que me había encontrado el día de mi confesión y el de mi visita al convento concluyeron por borrarse no dejándome más que un recuerdo vago, un agradable recuerdo que no tardó en quedar sepultado bajo la onda de las nuevas impresiones de una vida más libre.

El cuaderno en el que escribiera mis «Reglas para la

vida» permaneció guardado bajo llave con los demás de mis apuntaciones. La idea sin embargo de fijarme reglas para todas las circunstancias de la vida y seguirlas fielmente, me cuadraba mucho pareciéndome cosa fácil de realizar y al mismo tiempo me parecía algo grande. La intención de ocuparme de ellas la conservaba siempre, pero no encontraba nunca el momento propicio y seguía en dejarlo para otro día. Lo que me confortaba era que todas las ideas que me pasaban por la mente estaban comprendidas en una de las tres divisiones de las «Reglas y Deberes»: por el prójimo, por mí mismo y por Dios. «Anotaré todo esto,—pensaba,—y además todas las ideas que se me vayan ocurriendo sobre el mismo asunto».

Muchas veces me pregunto en qué momento me hallé más cerca de la verdad: si en la época en que creía en la omnipotencia de la razón humana ó cuando principié á dudar del vigor y de la extensión de nuestra inteligencia, dada la detención de mi desarrollo. Me juzgo incapaz de dar una respuesta definitiva.

El sentimiento de la libertad y la esperanza juvenil de que he hablado, en un acontecimiento extraordinario, me conmovieron tanto que en verdad no era dueño de mí mismo y esto constituía una mala preparación para mis exámenes. A la mañana, por ejemplo, estaba en clase y sabía que era preciso estudiar porque al día siguiente tenía un examen del que no había aún leído ni siquiera dos preguntas. De pronto penetra por la ventana un vientecillo de primavera; se me antoja que el esforzarme por recordar una cosa no tiene importancia alguna; mis manos dejan instintivamente el libro y mis piés se ponen por sí mismos en movimiento. Diríase que en mi cabeza se ha tocado un botón que ha puesto la máquina en movimiento. Pronto se puebla con la mayor naturalidad de imágenes varias y placenteras que pasen tan veloces que apenas dejan tiempo para distinguir sus vivaces colores. Y pasa una hora y pasan dos sin que yo lo note siquiera.

En otros momentos me encuentro sentado con un libro en la mano y toda mi atención se concentra en lo que leo; de pronto oigo en el corredor pasos de mujer y el roce de un vestido... Mi cabeza se descompone de pronto y me es imposible permanecer sentado, aunque sé de cierto que la única persona que puede pasar por el corredor es Gascha, la antigua camarera de mi abuela. Se me figura que puede ser *Ella* ó bien digo para mí: «Quizá es el acontecimiento que empieza y que yo dejo escapar.» Doy un salto hacia el corredor y me convengo de que es Gascha, pero mi cabeza se ha desmandado por un buen rato; han tocado el botón de los sueños y me siento todo descompuesto.

Otra vez es de noche y me encuentro solo en mi habitación con una vela de sebo. Levanto por un segundo la cabeza del libro para despabilar la vela ó para acomodarme en la silla y veo que los rincones están en la sombra y que en la casa reina gran silencio. Me es imposible no detenerme para prestar atención á este silencio, para mirar la obscuridad que hay tras la puerta abierta de la habitación, para permanecer inmóvil largo rato ó para ir á dar vueltas sin objeto por el piso bajo desierto. A veces paso la noche en el salón escuchando á Gascha que se cree sola y que toca en el piano con los dedos «Los ruiñeños» á la luz de una vela. Especialmente las noches de luna me es casi imposible evantarme y sentándome en la ventana permanezco allí largo tiempo contemplando el tejado alumbrado de la casa Chapochnikof, la graciosa marquesina de nuestra puerta, la sombra formada por las paredes del patio y los árboles de la alameda del jardín. Por la mañana me cuesta mucho trabajo el despertarme á las diez.

Sin los profesores que seguían dándome lecciones, sin Saint Jérôme que lisonjeaba de vez en cuando mi amor propio y sobre todo sin el deseo de demostrar mis talen-

tos á mi amigo Nekliudof, en otros términos, lograr un buen exámen, cosa importantísima para él, sin todo esto la primavera y la libertad me habrán hecho olvidar lo que sabía y de seguro no me habría aprobado en los exámenes.

CAPÍTULO LV

Soy mayor

El 15 de Abril entré por primera vez acompañado de Saint Jérôme en la gran sala de la Universidad. El 8 de Mayo, al volver del último exámen, encontré en casa al sastre Rosanof, que había venido ya otra vez á probarme un traje de paño negro brillante, sólo embastado y en el que había hecho algunas modificaciones.

Aquel día me trajo el uniforme completamente listo, con sus botones de oro envueltos en papel vitela.

Me lo puse y lo encontré perfecto, aunque Saint Jérôme aseguraba que hacía arrugas en la espalda. Bajé á la habitación de Volodia y sentí fijas en mí las miradas de los criados al pasar por el corredor y la antesala, pero fingí no advertirlo.

Gavrilo, el mayordomo de casa, corrió tras de mí y en la sala me dió la enhorabuena y de parte del papá me entregó algún dinero. Añadió, también por encargo de papá, que á partir de aquel día el cochero Kuzma estaría á mis órdenes con la carretela y el caballo bayo.

Esta noticia inesperada me produjo una alegría tal, que me fué imposible permanecer indiferente en presencia de Gavrito. Me turbé, me faltó la respiración y respondí lo

primero que se me ocurrió; que el bayo trotaba muy bien ó algo por el estilo.

Echando después una mirada á las personas que acechaban á las puertas de la antesala y el corredor, no pude contenerme por más tiempo y atravesé la sala corriendo con mi traje nuevo y con los magníficos botones de oro.

Cuando entré en la habitación de Volodia, oí la voz de Dubkof y de Nekliudof que venían á darme la enhorabuena y á proponerme que fuéramos á comer á un Restaurant cualquiera para conmemorar con libaciones de champagne mi buen éxito. Dmitai me dijo que á el no le gustaba beber champagne, pero aquella noche vendría para celebrar el primer día en que nos hablaríamos de *tú*. Dubkof me dijo que tenía el aspecto de un coronel; Volodia no me dirigió ningún cumplido y se contentó con decirme secamente que dentro de dos días podríamos marchar al campo. Creo que á pesar de que se alegraba de mi admisión en la Universidad, le disgustaba que yo llegase á ser un jovencito como él. También Saint Jérôme vino á verme y declaró con énfasis que sus funciones habían terminado y que no sabía si lo había hecho bien ó mal, aunque en ellas había puesto todo su empeño. Al final de su discurso, dijo que al día siguiente se marchaba de casa del conde.

Creo que mientras le oía hablar, mostré una sonrisa de satisfacción que me pareció necia, pero noté que esta misma sonrisa se estereotipaba en los labios de los demás.

Ya no tengo preceptor; dispongo en cambio de una carretela; mi nombre estará impreso en la lista de los estudiantes, ciño espada, los guardias de la ciudad me harán los honores de... en suma, soy *mayor*, es decir feliz.

Quedamos en comer á las cinco en casa de Iar. Volodia se fué con Dubkof, y Dmitri dijo, según su costumbre, que tenía que ausentarse antes de comer y me dejó solo. Disponía, pues, de dos horas, que podría emplear como cuadrarse mejor.

Paseé largo rato por la habitación mirándome en todos los espejos, ora abotonado, ora con el capote suelto, ora abotonado con un solo botón y siempre muy satisfecho de mí mismo. Después, á pesar del temor de mostrarme demasiado contento, no pude resistir á la tentación de ir á la caballeriza y á la cochera para ver *mi caballo bayo*, mi carretela y á Kurma.

Luego volví á subir y anduve de cuarto en cuarto, mirándome en los espejos con incesante sonrisa de felicidad y contando el dinero que llevaba en el bolsillo.

Aún no había transcurrido una hora y ya empezaba á aburrirme ó más bien me molestaba el que nadie me viese en todo mi esplendor. Además, sentía la necesidad de moverme, de hacer algo. Dí orden de enganchar y pensé que lo mejor de todo era ir á hacer compras al puente de Kuznetzki.

Me acordé de que Volodia, cuando fué admitido en la Universidad, había comprado una litografía de Victor Adam que representaba unos caballos, haciéndose de una pipa y tabaco y me pareció indispensable imitarle.

Salí en coche hacia el puente de Kuznetzki. Mis botones centelleaban al sol, mi escarapela y mi sombrero lucían, mi espada brillaba; todos me miraban. Me detuve frente al almacén de cuadros de Daziaro y entré para ver lo que allí había. No quería comprar los caballos de Adam para que no me dijese que remedaba á Volodia. Pesaroso del trabajo que imponía al dependiente, escogí aprisa un pastel que representaba una cabeza de mujer que estaba en el escaparate; lo compré en 20 rublos, y con todo, aún me avergonzaba de haber molestado por semejante fruslería á los dos atildados dependientes, tanto más cuanto que por su parte parecía que no se fijaban en mí. Descanando pues hacerles comprender con quien se las habían, fijé mi vista en un objeto de plata que estaba en el escaparate, y como me dijese que era un porta-lápiz y que costaba 18 rublos, mandé me lo envolvieran en un papel y lo pa-

gué. Por ellos supe que en el establecimiento próximo encontraría buenas pipas y tabaco. Después de esto, saludé con gran amabilidad á los dos dependientes y salí con mi pastel bajo el brazo.

La tienda vecina tenía por muestra un negro que fumaba un cigarro. Con el fin premeditado de no remedar é nadie, en vez de una pipa ordinaria, compré una pipa turca y tabaco turco. Al salir del almacén para subir al coche, vi á Semenof que había sido promovido conmigo y que debía entrar en la misma facultad que yo. Vestía de paisano y caminaba aprisa con la cabeza baja, Sentí que no me reconociese y dije en alta voz á Kuzna: «¡Adelante!» Subí al coche y no me detuve hasta alcanzar á Semenof.

— Buenos días,—le dije.

—¿Cómo está V?—me respondió sin pararse.

—¿Por qué no lleva V. el uniforme?

Semenof se detuvo y entornó los ojos, enseñando sus blancos dientes como una persona á quien molesta el sol. En realidad quería decir que mi carretela y mi uniforme le eran indiferentes. Me miró sin hablar y prosiguió su camino.

Desde el puente Kuznetzki fui á casa de un pastelero del Boulevard Tverskoe, donde fingí no ocuparme más que de los periódicos, pero por mas que hice no pude resistir á la tentación de tragar pastelillo tras pastelillo. Me molestaba la presencia de un caballero que me miraba con curiosidad por encima de su periódico, pero mi vergüenza no me impidió engullir con rapidez extraordinaria ocho pastelillos uno de cada clase.

Cuando volví á casa sentí un poco de peso en el estómago, pero no hice caso y me puse á examinar mis compras.

La pintura me causó tan mala impresión, que en vez de ponerla en un marco y colgarla de la pared como Volodia, la escondí cuidadosamente en la cómoda, donde

nadie podría verla. Tampoco me agradó gran cosa el lapicero, pero lo dejé sobre la mesa consolándome al pensamiento de que era de plata y además de gran utilidad para un estudiante.

En cuanto á los utensilios destinados á fumar, me puse inmediatamente á hacer las pruebas.

Abri el paquete de tabaco, llené la pipa turca de un tabaco rojizo y fino, puse sobre el tabaco un pedacito de yesca encendida, tome la boquilla entre el tercero y cuarto dedo (esta posición me gustaba mucho) y empecé á fumar.

El olor del tabaco era muy bueno, pero yo sentía en la boca un sabor amargo y me costaba trabajo aspirar el humo. A pesar de todo resistí, y fumé por mucho tiempo, ejercitandome en arrojar al aire bocanadas de humo.

Pronto se llenó la habitación de azuladas nubecillas, la pipa empezó á chisporrotear y el tabaco se consumió; sentí en la boca un sabor amargo y se me fué un poco la cabeza. Decidí dejarlo para otra vez, pero quise antes examinar en el espejo el efecto que producía con mi pipa en la boca.

Muy sorprendido, observé al levantarme que me tambaleaba y que la habitación daba vueltas en torno mío: cuando con grandes esfuerzos logré llegar hasta el espejo, noté que estaba pálido como un muerto.

Apenas tuve tiempo para echarme sobre el diván donde sentí náuseas tan fuertes y tal debilidad que creí que el tabaco era un verdadero veneno. Creí que iba á expirar y tenía tanto miedo que, á estar allí algún criado, le hubiese mandado en busca del médico.

Mi espanto no duró mucho. Comprendí fácilmente lo que era y permanecí largo rato tendido en el diván en un estado de postración y con un dolor de cabeza horribles.

Miré atontado la marca impresa del paquete de tabaco, la pipa que había dejado caer á tierra, los restos de los

dulces que había comido en casa del pastelero y pensaba con indecible melancolía:

—Es evidente que aún no soy un hombre, que aún hay en mí mucho de niño, desde el momento que no puedo fumar como los demás... El destino no quiere que yo sostenga como todos la pipa en el tercero y cuarto dedo y que arroje el humo á través de mi bigotillo rojo.

Dmitri me encontró en aquel estado poco placentero cuando vino á buscarme á las cinco. Sin embargo, después de beber un vaso de agua, me sentí casi bien y dispuesto á salir con él.

—¡Qué idea la de fumar!—dijo al mirar los pequeños restos de mi pequeña orgía.—Es una necedad y un gasto inútil. Por mi parte, he jurado no fumar nunca... Pero démonos prisa; es preciso que vayamos á buscar á Dubkof.

CAPITULO LVI

En qué se ocupaban Volodia y Dubkof

Apenas Dmitri entró en la habitación, comprendí que no estaba de buen humor. Cuando se sentía disgustado de sí mismo, aparecía impasible ó dejaba adivinar su tristeza por el ademán y el modo especial de guiñar los ojos ó de inclinar á un lado la cabeza como para arreglarse el lazo de la corbata. Su frialdad ejercía siempre cierta influencia en mis sentimientos hacia él.

En los últimos tiempos me había dedicado á analizar y juzgar el carácter de mi amigo, pero nuestra amistad no se había entibiado; era demasiado reciente y vigorosa para que me fuera posible, al considerar á Dmitri, no encontrar en él la perfección. Había en él dos hombres distintos que

yo admiraba igualmente. El uno, á quien yo amaba mucho, era bueno, dulce, afectuoso, alegre, consciente de su amabilidad, y entonces toda su persona, todos sus movimientos, hasta el sonido de su voz, parecían decir: «Soy bueno y virtuoso, soy feliz por ello y celebro que todos vosotros podáis comprobarlo.» El otro Dmitri á quien apenas empezaba á conocer y ante cuya nobleza me inclinaba, era frío, severo consigo mismo y con los demás, orgulloso, devoto hasta el fanatismo y de una virtud pedante. En este momento tenía ante mí el segundo Dmitri.

No bien estuvimos en el coche, le dije con aquella franqueza que era la condición indispensable de nuestra amistad, que sentía mucho encontrarle en tan mala disposición de ánimo precisamente el día en que yo era tan feliz.

—Estoy seguro de que le ha sucedido á usted un percance; ¿por qué no me lo cuenta usted?—le pregunté.

—¡Querido Nicolás!—me respondió moviendo la cabeza y entornando los ojos.—Desde el momento en que le he dado mi palabra de decirselo todo, no tiene usted derecho á sospechar que le oculto alguna cosa. Es imposible ser siempre el mismo y no sé en verdad qué es lo que tengo.

—¡Qué carácter tan franco y leal!—pensé y guardé silencio. Sin desplegar más los labios, llegamos á casa de Dubkof, la cual era, ó al menos me lo parecía, de maravillosa belleza. Por todas partes había alfombras, cuadros, colgaduras, tapices de colores vivísimos, retratos, divanes, y en las paredes armas, pistolas, bolsas bordadas para tabaco y cabezas de animales salvajes hechas con cartón. Al entrar en este saloncito comprendí de donde copiaba Volodia el decorado de sus habitaciones.

Encontramos á Dubkof y á Volodia ocupados en jugar á los naipes. Un caballero desconocido (por sus humildes modales se comprendía que no era un gran personaje) estaba sentado junto á la mesa y seguía atentamente el juego. Dubkof vestía una bata de seda y llevaba zapatillas. Volodia se había quitado el capote y estaba sentado en el

diván frente á su amigo. Se veía por su rostro encendido y por la mirada que nos lanzó al entrar, que estaba completamente absorto en su juego. Al vernos se puso aún más colorado.

—A tí te toca; da cartas,—dijo á Dubkof.

Adiviné que le disgustaba que le hubiésemos sorprendido jugando, pero á pesar de todo la expresión de su fisonomía no denotó embarazo. Al contrario, quería decir:

—¡Y qué! sí, juego, te admiras de ello porque aún eres joven. A nuestra edad no sólo no es una cosa mal hecha, sino que es indispensable.

Todo esto lo adiviné en su fisonomía.

Dubkof no dió ya cartas, sino que se levantó, nos estrechó la mano, nos hizo sentar y nos ofreció pipas que rehusamos.

—He aquí á nuestro diplomático en el pináculo de la gloria,—dijo.—Se parece muchísimo á mi coronel.

Brotó de mis labios un sonido inarticulado y sentí que le dirigía una sonrisa imbécil.

Respetaba á Dubkof como se respeta á un ayudante de veinte y siete años cuando uno no es más que niño de diez y seis y cuando personas mayores le tratan de joven bien educado, que baila bien y que habla correctamente el francés y cuando este joven, que en su interior desprecia vuestros diez y seis años, se esfuerza en disimular este sentimiento.

Todo este gran respeto no me impidió en todo el tiempo que duró nuestra amistad, sentir, sabe Dios por qué, gran disgusto siempre que le miraba á la cara. Noté más tarde que había tres categorías de personas á quien yo no podía mirar sin turbarme: los que valían mucho menos que yo, los que valían mucho más, y aquellos á quienes no se atreve uno á decir una cosa sabida por ambos. Quizá Dubkof valiese más que yo, quizás menos, pero creo más bien que la impresión de que hablo derivaba del hecho de que

el mentía á menudo sin reconocerlo. Naturalmente, yo no me atrevía á decirselo.

—Vaya otra partida,—dijo Volodia, moviendo el hombro con el mismo *tic* de papá y barajando los naipes.

—Continuaremos más tarde,—dijo Dubkof;—pero al fin y al cabo, ¡vaya otro juego!

Mientras estaban jugando, observé sus manos. Las de Volodia eran grandes, pero bellas. Noté que Volodia manejaba las cartas y se descartaba doblando los dedos lo mismo que mi padre, y sus manos se asemejaban entonces de un modo tal, que me me pregunté si mi hermano no lo hacía adrede para imitar á un hombre, pero me bastó mirar su rostro para convencerme de que estaba preocupado por el juego.

Dubkof, en cambio, tenía las manos pequeñas, regordetas y muy ágiles; tenía la mano propia para llevar sortijas, la mano de las personas acostumbradas á manejar bibelots delicados ó á ejecutar trabajos en que es indispensable la destreza.

Volodia debía perder, porque el desconocido al mirar sus cartas afirmó que Vladimiro Petrovitch tenía mala estrella, y Dubkof, al acabar, sacó la cartera y escribió una nota que mostró á Volodia preguntándole:

—¿Está bien?

—Muy bien,—dijo Volodia afectando la mayor sangre fría.—Ahora vámonos.

Volodia hizo subir á su coche á Dubkof y yo tomé asiento en el de Dmitri.

—¿A qué juegan?—pregunté á Dmitri.

—Al piquet. Es un juego necio, como todos los juegos.

—¿Juegan mucho?

—No, pero de cualquier modo eso no está bien.

—¿No juega usted?

—No, he dado mi palabra de no jugar. Por otra parte, Dubkof no puede menos de ganar.

—Eso no está bien—dije.—Volodia juega evidentemente menos que él.

—Cierto que no está bien, pero tampoco es un gran mal. Dubkof ama el juego y juega bien, lo que no le impide ser un buen muchacho.

—No creía yo compatible...

—No se puede dudar de él, porque es todo un caballero. Le quiero mucho y le querré siempre á pesar de sus defectos.

Adiviné que Dmitri defendía á Dubkof con calor exagerado cabalmente porque no le estimaba, aunque no se atreviese á confesarlo para no ser acusado de inconstancia. Dmitri era uno de esos hombres que permanecen fieles toda la vida á sus amigos, no tanto porque los juzgan siempre dignos de su afecto, como porque una vez han concedido su amistad á un hombre no les parece leal retirársela, aun convencidos de que no la merece.

CAPITULO LVII

En donde se me festeja

Dubkof y Volodia conocían de nombre á todo el personal de casa Iar desde el portero hasta el dueño y todos se deshacían en cortesías dirigidas á los dos jóvenes. En seguida nos dieron un gabinete particular y nos sirvieron una comida magnífica encargada por Dubkof. La botella de *champagne frappé* estaba allí dispuesta y yo me esforzaba al mirarla en conservar un aire indiferente. La comida fué muy regocijada y me divertí mucho, aunque Dubkof nos contaba según su costumbre las historias más téticas: después de todo bien podían ser verdaderas. Nos contó,